
MEMORIA DE CHILE / CIUDADES

Santiago de memoria

Roberto Merino



PLANETA

ROBERTO MERINO nació en Santiago en 1961. Estudió en el Instituto Nacional y literatura en la Universidad de Chile, donde se graduó con una tesis sobre la obra del poeta Juan Luis Martínez. Ha publicado dos libros de poesía: *Transmigración* (Ediciones Archivo, 1987) y *Melancolía artificial* (Ediciones Carlos Porter, 1997). Fue coautor del libro *Chilenos universales* (Planeta/La Máquina del Arte, 1995).

Ha trabajado en las revistas *Apsi*, *Don Balón* y *Paula*. Desde octubre de 1995, *Hoy* publica semanalmente sus columnas sobre el tema de Santiago.

Actualmente es editor de la revista *Patagonia*.

-191
Copia
535
097

ROBERTO MERINO

SANTIAGO DE MEMORIA

ILUSTRACIONES DE
NATALIA BABAROVIC

PLANETA

Memoria de Chile/Ciudades

191535

Obra patrocinada por



Municipalidad
de Santiago



Corporación
del Patrimonio
Cultural

© Roberto Merino

Inscripción N° 100.995 (1997)

Derechos exclusivos de edición en castellano
reservados para todo el mundo

© Editorial Planeta Chilena S.A.

Olivares 1229, 4° piso, Santiago (Chile)

© Grupo Editorial Planeta

ISBN 956-247-185-3

En portada: Edificio de la antigua farmacia Bentjerodt, en la esquina
sur oriente de las calles Estado con Merced. Oleo de Natalia Babarovic

Diseño de cubierta e interiores: Patricio Andrade

Composición: Salgó Ltda.

Primera edición: septiembre 1997

Segunda edición: agosto 1998

Impreso en Chile por
Andros Ltda.

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo del editor.

ÑUÑO A

DE ÑUÑO HUE A ÑUÑO R K

La agitación nocturna de un par de cuadras ha logrado que otra vez se hable de Ñuñoa. La principal plaza de este barrio-comuna, con sus palmeras históricas, acompaña al jaleo con una suburbana indiferencia, por lo demás muy ñuñoína.

Ñuñoa fue en un principio Ñuño hue. Esto es, en buen mapuche, "lugar de ñuños", plantas herbáceas de flores amarillas y escarlatas cuyo nombre científico es, hablando en singular, *sisyrinchium ñuño colla*. Hasta donde se sabe hoy ya no hay ñuños en los poblados jardines de la comuna.

Desde hace mucho Ñuñoa ha sido un barrio a escala humana; burgués, despreocupado y ecuménico. Tiene la cuota justa de ruralidad que uno necesita para vivir sin entrar en conflictos con el medio. Si las raíces de los árboles levantan las veredas, o si las rejas de madera se desploman bajo el peso de las glicinas, son problemas no demasiado urgentes.

Las tardes en Ñuñoa son verdaderamente largas, y a cada tanto se ve en las calles hileras de sillas de viena secándose al sol.

La religión es el pan ñuñoíno de cada día, pero siempre al ritmo de contramarcha. La veneración de Santa Gemita adquiere una vez al mes fosforescentes tintes populares; el muecín de la mezquita de Chile-España eleva la voz al atardecer para inducir a los devotos de Alá a volverse hacia La Meca; y unas cuadras más allá, el Niño Jesús de Praga —empotrado en el muro de la iglesia lefrevista— ve cómo el mundo prosigue su carrera indiferente a la misa latina.

La reciente revitalización de la vida nocturna le ha valido a la franja occidental de la Plaza Ñuñoa el entusiasta calificativo de Ñuño r k. En los altibajos de la fiesta perpetua, se produce cada fin de semana la danza de las generaciones: cuarentones con moño se regocijan de la vida a escasos metros de niñitas de 13 que exhi-

ben sus primeros maquillajes, y más de algún teatrero confirma en terreno eso de que “la vida es un teatro”. Hay que decir, eso sí, que hay buenos restaurantes y que la zona es, sobre todo en las noches de verano, agradable. Se puede estar un tiempo más que prudente sin que aparezcan mimos o poetas por las mesas desviando la atención hacia sus asuntos creativos.

Hace exactamente cien años, Luis Gregorio Ossa donó el sitio para que se hiciera una plaza junto a la parroquia. Ossa era el dueño de la chacra San Gregorio, cuya construcción principal es la actual Casa de la Cultura Ñuñoa. Las palmeras que flanquean la plaza ya eran viejas en esa época. En los años 50 de este siglo se usaba poner un escudo chileno en la punta de una de ella para el 18 de septiembre. De esto se preocupaba principalmente un tal Negro Aguirre, despótico profesor de un liceo cercano que elegía de entre sus alumnos al encargado de subir el emblema. Cierta vez un colegial —atacado de pánico— se paralizó en las alturas. Nadie sabía qué hacer. Aguirre le gritaba: “¡Apúrate, Camberra!” (el Camberra era el avión más rápido de ese momento).

Como todas las avenidas santiaguinas, Irrarázaval sigue el trazado primitivo de un camino colonial, por el que se accedía en somníferas carretas a los dominios de Arrieta y de Egaña. María Graham —la viajera inglesa— anduvo por ahí un fin de semana, y vio sementeras de trigo y bosques de olivares. Mucho después y durante largo tiempo, un ferrocarril de sangre (es decir, tirado por caballos) cubrió diariamente la distancia entre las actuales Portugal y Avenida Ossa. La Plaza Ñuñoa era su penúltima estación.

Este rústico transporte se consideraba “algo propio de Ñuñoa” y su existencia fue bastante accidentada. Por su desmejorada condición, a los caballos la prensa los llamaba Rocinantes. Una vez, sepa Dios por qué, el convoy fue apedreado cuando el cura local iba en su interior. En otra ocasión —“a causa de una mala maniobra”— se cayó a una acequia con Rocinantes y todo. En 1895, ante el penoso espectáculo de carreras desbocadas y atropellos, el municipio decidió poner fin a los excesos: prohibió el consumo de alcohol en los carros y limitó la velocidad del tren “sólo al galope natural de los caballos”. Para muchos, el viaje perdió prácticamente todo su encanto.

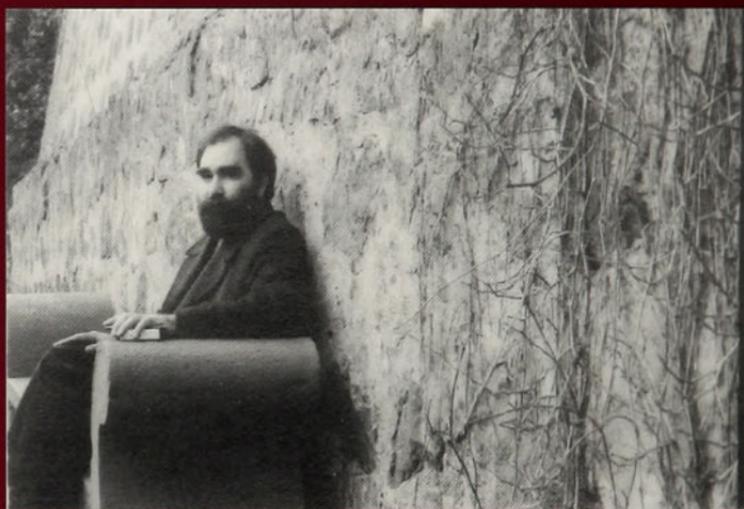
Otros títulos de la colección
MEMORIA DE CHILE

Carlos Monge
Carrera
El búsar desdichado

Juanita Gallardo
Déjame que te cuente

Pedro Steiger
La corona de Araucanía

Santiago de memoria



El autor vive —como usted, lector, o como todos nosotros— en el sofocante presente de Santiago con su a ratos enloquecido salto al futuro. Pero hay un escape: el de la memoria, que nos acerca a la ciudad, descubriendo el sustrato de sus calles y plazas, sus monumentos y rincones, y recupera lo que hay en ellos de secreto y entrañable. Rescata también —de su momento actual y de sus numerosos pasados— los personajes que compusieron y componen el entramado humano de la capital.

Este libro descubre algunas de las claves del reencuentro con nuestra ciudad.



9 789562 471855 >